

## Álvaro Zamora

Fernando Leal. *Experiencia de la conciencia. Principios de lógica de la alteridad*. San José: UCR, 2009.

---

Estamos en presencia de una obra interesante y compleja, donde se aborda la conciencia y algunos temas conexos, que han sido tratados prolijamente por el pensamiento moderno y contemporáneo. Por décadas, Fernando Leal se ha ocupado de esa problemática desde diferentes perspectivas: histórica, ontológica, epistemológica, psicológica. Aquí también atiende a ciertos aportes de las neurociencias. El subtítulo engarza el término conciencia con temas de lógica y la alteridad.

El libro consta de un preámbulo y tres apartados. El primero de ellos está dedicado a los principios sobre los que funda la obra. Consta de cuatro capítulos: “I. Principios lógicos y metodológicos”, “II. Instrumental lógico-metodológico”, “III. Experiencia de la conciencia”, “IV. Ciencia de la experiencia de la conciencia”. El apartado B. se refiere a la alteridad en la lógica y tiene dos capítulos: “V. Fundación de la lógica”, “VI. El problema del solipsismo”. En el apartado C dedica dos capítulos a la ontología de la alteridad: “VII. Alteridad del ser” y “VIII. Finitud y temporalidad de un mundo eterno”. La conclusión se presenta a la vez como un texto de síntesis y una propuesta para otras investigaciones o discusiones.

Desde el arranque, Leal se aparta vía del *cogito*: “El pensar que por primera vez se investiga concentrándose exclusivamente en sí, no se enuncia a sí mismo y no dice *cogito ergo sum*, porque esta expresión es la enunciación de un acto distinto a la absorción del pensar que de aquel modo se investiga”. Luego advierte: “Este pensar no se refiere a sí mismo como sujeto que piensa ni como un yo que piensa y existe, sino que se absorbe íntegramente en su propia actividad, sin referencia alguna a ninguna idea acerca de su propia naturaleza. En el momento

de la absorción nada se muestra al pensamiento absorto en sí: ninguna imagen, idea, palabra ni sensación” (ix).

Aunque los intereses y el enfoque de este libro difieren del *Ensayo sobre ontología de la mente*, que Leal publicó 1985, permanece vigente aquí una analogía que orientó *la lógica* de aquella: “Si representamos un *problema psíquico* como una especie de nudo, podríamos enfrentarnos a él como Alejandro Magno frente al famoso nudo gordiano, pero en tal caso no quedaría nada de lo que constituía el problema, sino unos hilos rotos por el filo de la espada (...) Podríamos, en cambio, pacientemente deshilvanar los hilos, y en el caso de llegar a deshacer el nudo, encontrarnos con una serie de hilos sueltos. Tampoco en este caso es probable que encontremos la solución. Quizá ella se encuentre en no desatar del todo la anudación, de manera que al final conservemos una estructura que mantenga los hilos unidos entre sí, ordenados en una especie de red que los dotaría de sentido” (EOM, 96).

En *La experiencia de la conciencia*, el término *lógica* posee una acepción semejante a la adoptada por filósofos como Hegel y quienes desarrollan la *lógica dialéctica*. Se trata de una especie de *teoría de los conocimientos puros*, con la cual se permite ponderar ideas provenientes de las ciencias, al tiempo que abre alguna ventana a consideraciones ontológicas metodológicas e incluso metafísicas. Tal sentido del término se manifiesta en la obra cuando procura precisar, por ejemplo, la noción de “experiencia del pensar absorto en sí” (xiii), de la cual dice: “no revela nada con lo cual el pensar se identifique ni al respecto de lo cual el pensar se diferencie. Es como un vacío abismal en que no hay sensaciones, no hay ideas, no hay palabras; una actividad vacía de forma y contenido en que no existe punto de

referencia, algo semejante a un espacio sin formas y sin límites, una inmensa oscuridad”.

Muchos son los temas considerados por Leal. No me concentraré en todos ellos en este breve espacio, pero recomiendo atender –tanto en la perspectiva histórica como en la crítica– a lo incorporado en relación con el ser cognoscente y el ser conocido, las ciencias, los factores del conocimiento.

Dada la cantidad de temas y recodos teóricos concomitantes, propongo esta reseña cual mirada general, como la de un viajero que ha sido transportado al parque en una cima y desde allí observa el entorno y las vías que conducen a ella. No recorre todos los senderos, pero al verlos tiene conciencia de que transitarlos representa un esfuerzo o incluso cierto gusto por la marcha. Acaso también advierta un giro laberíntico o incluso intransitable.

La imagen del parque imaginario en una cima coincide, en el libro, con la conclusión. Allí se encuentra una estructura principal: la *enunciación positiva* de las características atribuidas por el autor a la noción de conciencia. Transcribo tales características, y procuro motivar la reflexión en torno a su consistencia, advertir ciertas inflexiones de su textura, denotar aspectos que invitan al estudio o que pueden generar polémica.

Primera característica: *la conciencia es siempre conciencia de sí* (es en cuanto se conoce y se conoce en tanto es). No cabe, según el autor, hablar de inconsciencia, subconsciencia, *cogito* prerreflexivo. Leal afirma que los hechos revelan un conjunto de funciones, concebidas por algunos teóricos cual conciencias (o si se prefiere: modos de *darse la conciencia*), pero que no deben ser consideradas como tales. Para él, se trata de funciones análogas a la respiración o a la circulación de la sangre. Las considera acciones *automáticas* (como el cálculo en seres biológicos o cibernéticos): no son *conscientes de sí* y por ello no son adecuadas a la noción de conciencia propuesta. En el capítulo II de la primera parte (pág. 49) afirma: “La conciencia de sí se distingue de la autoconciencia en que esta implica a la primera, pero no viceversa. Puede serse consciente de sí y no haber alcanzado la autoconciencia, puesto que esta corresponde a un conocimiento especial, que se alcanza posteriormente a la aparición del

conocimiento de las cosas físicas e ideales y, por tanto, posterior a la simple conciencia de sí”. Acaso esto solo supone una variación en la intensidad de la conciencia con respecto al *sí mismo*. Por otra parte, una modalidad de inconsciente, la cual ha sido negada de manera expresa por Leal, podría habitar, sin contradicción, en predios como el indicado. Algo análogo puede afirmarse en cuanto al desarrollo paulatino (desde la niñez) de dicha conciencia de sí. Entonces, las implicaciones ontológicas e incluso psicológicas de esta característica pueden ser motivo para la polémica. Notable resulta, por ejemplo, la enorme distancia que ha tomado Leal aquí respecto de la fenomenología, para la cual *toda conciencia es conciencia de algo*.

Segunda característica: *la conciencia es saber de su ser*. El acento en la dimensión cognoscitiva ha originado interesantes polémicas en el pensamiento contemporáneo, desde Descartes hasta Husserl. El planteamiento que hace Leal de esta característica parece excluir o demeritar ónticamente la vivencia imaginaria. Resulta interesante, en este punto, cómo se ha distanciado de su *Ensayo sobre ontología de la mente*.

Tercera característica: *la conciencia es estrictamente individual*. Leal no pretende adoptar el solipsismo, sino subrayar la existencia concreta de cada uno, pues como nos ha dicho en el Capítulo III (pág. 69) “El hombre se define por su conciencia, pero es un ser en que se integran todos los egos, incluido su yo-consciente, en una única personalidad humana. Los egos objetivos son: *ego biofísico* constituido por su organismo y su medio natural; *ego psíquico*, que constituye un aspecto del ego biofísico combinado con las características de la conducta individual y social; *ego biográfico*, que consiste en el registro mnemónico individual de la vida desde el nacimiento; *ego social*, constituido por los vínculos del individuo con los demás seres humanos de su comunidad; *ego mnemónico*, haz de recuerdos de la vida personal; *ego onírico*, que es el resultado de una mezcla de recuerdos en el sueño.” Advierto aquí un tema de particular interés. Se trata del ser del Yo. Parece que Leal ha sacrificado en su esquema el clásico problema de la necesidad (o falta de ella) y articulación del Yo trascendental con el Yo empírico. Posiblemente, ha preferido

adoptar un sincretismo acorde con las investigaciones empíricas recientes. Sin embargo, apenas ha evadido con ello el problema de la unidad personal y el de la trascendencia del ego con respecto a *los demás*.

Cuarta característica: *la conciencia es reflexiva*. De nuevo el autor concentra el acento de esta obra en el carácter reflexivo de la conciencia. Llama la atención que no conceda estatuto de conciencia a la *síntesis imaginaria*, a la que dedicó interesantes análisis en su *Ensayo de ontología de la mente*. Además de los problemas puramente filosóficos, merecen atención en este punto otras implicaciones (*empíricas*) de la propuesta. Por ejemplo, esta característica -al igual que la primera- pareciera incompatible con varias concepciones sobre desarrollo cognoscitivo y moral del niño (Piaget, Kohlberg, Freud). ¿Qué implicaciones éticas supondría una concepción donde la *conciencia de sí* en el

niño fuera idéntica a la *conciencia de sí* en el adulto?

Quinta característica: *la conciencia es libre*. En el plano moral, esto involucra a la voluntad y a la responsabilidad. Pero, al seguir los planteamientos correspondientes a lo largo del libro, es imposible evitar la pregunta de si esa libertad moral equivale a una especie de espontaneidad absoluta de la conciencia, a su actualidad o a su carácter reflexivo; el asunto constituye un problema desde Descartes y no debe desestimarse, aunque casi nadie lo haya estimado.

Para *llegar* a esas características, Leal ha recorrido senderos variados: la crítica de autores, la revisión de teorías e incluso la introspección. El resultado es un libro de madurez, sincretico y provocador. Se presenta, ciertamente, como una invitación a la reflexión, al estudio. Algunos podrán disentir de su enfoque o de sus propuestas; todos podremos degustar su convicción y estilo.